

LA GUERRA MAS ALLÁ DE LA VIDA Y LA MUERTE

María Clemencia Castro ()*

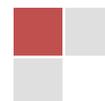
La aproximación a los teóricos de la guerra permite escudriñar sus esclarecimientos y a la vez contrastar sus concepciones. Es ésta también una ocasión para precisar desde el Psicoanálisis las dimensiones real, imaginaria y simbólica de la guerra, en su anudamiento borromeo. Precisamente la guerra es una de las más aparatosas y espectaculares relaciones entre los hombres, donde se ponen en juego los imperativos sociales y la recóndita sordidez del vínculo humano, en su abstrusa conjunción con los ideales.

Karl von Clausewitz, el gran teórico castrense de la época moderna, define la guerra como una forma de relación humana donde aparece la intención de doblegar, de someter a otro. Según él, la esencia de la guerra es el duelo, el combate. Se trata de un acto para imponer la propia voluntad al adversario por medio de la fuerza física. El propósito es derribar al otro, incapacitarlo para ofrecer resistencia, colocarlo en posición desventajosa. Esto se logra mediante el desarme del enemigo, lo cual acaba siendo el propósito específico de la acción militar(1).

No es posible desarmar o derrotar al adversario sin excesivo derramamiento de sangre. Para G. Bouthoul(2), otro destacado teórico de la guerra, como para K. Clausewitz, el ser sangrienta es una característica esencial a la guerra. Es una relación deletérea y mortífera, que como tal, inevitablemente pone en escena los cuerpos y la sangre, la destrucción, el aniquilamiento.

Desde aquí empieza a destacarse una clara distinción entre los teóricos de la guerra. Para Bouthoul y con él la vertiente de la polemología, la guerra no es un simple instrumento, es un "fin en sí", que se disfraza de medio, un turbio fenómeno que arrastra a los pueblos. Bouthoul advierte sobre los excesos provocados y apunta a sugerirlos como fines esenciales de la confrontación bélica. La obra de Clausewitz concluye sobre la política como fin y como linde, obnubilando de cierta manera los excesos, ante la dificultad de enfrentar el carácter paradójico de la guerra. En un trabajo anterior nos detuvimos en los aportes de la primera perspectiva(3). Ahora interesa explorar la segunda.

Aquel que emplee la fuerza con crueldad, sin detenerse ni retroceder ante el derramamiento de sangre por vasto que sea, obtiene una ventaja sobre su adversario y así cada uno impele al otro a medidas extremas cuyo único límite es la resistencia que le otorgue el contrario. Clausewitz mismo plantea como vano ignorar el elemento de brutalidad implicado en la guerra, por más repugnancia que pueda provocar.



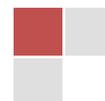
En la guerra siempre hay una intención hostil, como rasgo distintivo de su definición general, la cual en su inicio puede acompañarse de manera contingente por un sentimiento de hostilidad. Las circunstancias y las instituciones pueden concretar la diferencia. Pero en tanto acto de fuerza las pasiones están necesariamente involucradas. Hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse en odio recíproco. Es precisamente en este punto donde surge la profunda extrañeza de Freud por los tiempos de la primera guerra mundial, frente a quienes advierte envueltos en ese torbellino. La intensidad de la guerra tendrá que ver con la fuerza y el curso de la hostilidad. El empuje a destruir al enemigo, inherente a la conflagración bélica, no necesariamente se verá mediatizado por el grado de civilización de un conjunto social.

"La guerra es un acto de fuerza y no hay límite para la aplicación de dicha fuerza. Cada adversario fuerza la mano del otro y esto redundará en acciones teóricamente ilimitadas" (4). A partir de este enunciado inicial, Clausewitz se detiene a pensar la guerra como acción recíproca que conduce a extremos. Se trata de un vínculo en el cual los enemigos se construyen mutuamente, donde puede reconocerse una relación intolerable de rivalidad imaginaria. Es un choque entre dos fuerzas vivas que necesariamente operan resistencias (5). Como tal, compromete a ambas partes, cada una de las cuales queda empeñada al otro. Mientras no se haya derrotado al adversario debe temerse ser derrotado por él.

Para vencer al adversario es necesario regular el propio esfuerzo de acuerdo con su poder de resistencia. La acción del otro dependerá de dos factores inseparables: la magnitud de los medios a su disposición y la fuerza del motivo que lo impulsa. Podrá ser fácil determinar el primero, pero no lo es tanto medir el segundo. Será entonces una puja constante donde el paso de cada uno depende del otro con milimétrica precisión. "Ya no soy dueño de mí mismo, él fuerza mi mano como yo la suya" (6). La simétrica adecuación de las partes se inscribe en la insoportable especularidad, donde las acciones recíprocas continuas llevan en desenfadada carrera a la desmesura, a "un juego de la imaginación producido por el encadenamiento de sutilezas lógicas" (7).

Hasta aquí se permite llegar Clausewitz al explicar lo que él llama la naturaleza de la guerra, su formulación teórica, abstracta. De ahí en adelante se hace imperativo para él ubicar el linde, porque en la realidad la guerra nunca es absoluta, no puede ser destrozamiento sin fin. Es el mismo punto que hace retroceder a Freud, es decir, lo ominoso de la guerra, su punto de real.

Clausewitz sitúa el límite en las condiciones concretas de la realidad y, particularmente, en la política, tomando esto el lugar de lo extremo y de lo absoluto en la teoría o, mejor, ubicándose como posibilidad de acotamiento.



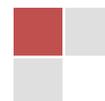
La guerra no es un acto aislado, se entrecruzan en ella diversidad de circunstancias, implica multiplicidad de decisiones y nunca estalla súbitamente, se toma su tiempo. Los oponentes no son abstractos el uno para el otro, así que cada uno se detiene en su acción recíproca lejos del esfuerzo máximo y no pone en juego la totalidad de sus recursos. Cada uno modula su esfuerzo según el otro, en una continuación de la especularidad, no comandada sólo por el exceso sino regulada de alguna manera por el límite, operando una lógica de la economía. La lógica del exceso es sustituida entonces por "el objetivo político como causa original de la guerra" (8). Esto se constituye en elemento moderador de la violencia y la intensidad del esfuerzo. Gracias a ello la conflagración bélica deja de estar sujeta a las fuerzas compelidas hacia el extremo. Para Clausewitz son los límites de la razón, la Historia y el Derecho, podría decirse articuladores del ideal, la palabra y la Ley. En la compleja realidad de la vida social, la ley del extremo queda remplazada por la ley de las probabilidades, donde ocupa un lugar importante lo imprevisto, lo incierto, así como lo accidental y lo casual.

La guerra es entonces un juego de posibilidades y probabilidades, que aparece en todos los hilos de su trama y hace que de todas las actividades humanas sea la más parecida a un juego de naipes, donde el azar desempeña un prominente papel. El peligro constituye el elemento dentro del cual se realiza la acción bélica, de allí que las cualidades predominantes sean el valor, la osadía, la intrepidez, la temeridad.

La guerra entre naciones surge siempre de una circunstancia y un motivo político. Por lo tanto, dice Clausewitz, es un acto político. La guerra es además un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política por otros medios; por consiguiente, ella misma es un medio, no un objetivo. La política hace de todos los elementos poderosos y terribles de la guerra un mero instrumento. Se trata del confinamiento de las pasiones por medio de la política. Sin embargo, el empeño de Clausewitz por privilegiar el objetivo político de la confrontación bélica pierde su consistencia a cada paso, o quizá sea mejor decir que evidencia su paradoja, pues como él mismo lo señala, cuanto más fuertes sean los motivos de la guerra más aparece como puramente militar y menos como guerra política; cuanto más poderosa sea la política, más absoluta lo será la guerra.

El objetivo político permitirá a la guerra apartarse de su "tendencia natural", dice Clausewitz, y le dará mayores apariencias de guerra política y no puramente bélica. A la vez procede al velamiento de la guerra como estallido de violencia. Porque la guerra independiente de la política muestra de manera descarnada el horror y la barbarie.

Clausewitz acaba reconociendo en la guerra lo que él denomina "una extraña trinidad": por una parte está el odio, la enemistad y la violencia primitiva de su esencia; por otra parte, el juego del azar y las probabilidades; y por otra, el carácter subordinado de instrumento político. El primero, dice él, interesa al pueblo, el segundo al jefe y al ejército, el tercero solamente al gobierno. Para Clausewitz son tres registros de la guerra, planteados



separadamente. Desde el Psicoanálisis será posible reordenarlos ubicando la relación entre ellos.

El Psicoanálisis, que precisamente toma al sujeto en ese punto donde es obturado por la ciencia, puede decir del carácter particularmente complejo y paradójico de la guerra por cuanto su inscripción en lo simbólico se articula al despliegue imaginario, anudados a lo real, como innombrable del goce y de la pretoría de los cuerpos. Esos tres elementos, que Clausewitz presenta escindidos, las pasiones, el azar y la política, trascienden al sujeto, haciendo ante la guerra posibilidad de vínculo, de goce y de límite, y habrán de tematizarse en las dimensiones imaginaria, real y simbólica de la guerra y sus anudamientos.

Bouthoul, por su parte, destaca en toda confrontación bélica la participación de un elemento subjetivo, la intención; un elemento político, la organización y el interés que determina su finalidad; un carácter jurídico, en tanto que es un verdadero contrato.

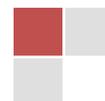
Toda guerra está regida por unas reglas más o menos precisas y por un derecho formal o habitual que sofrena. Una guerra se "pacta", se declara, define con claridad al rival, recurriendo a símbolos y convenciones. La guerra a la vez que se delinea, se delimita configurando sus límites, aún los límites de su exceso, porque ella misma es exceso.

La guerra tiene un aspecto moral innegable, una fuerza moral, por un lado como exaltación de valores y virtudes, por otro lado como ética implicada en toda política. Esto soporta la ambivalencia del héroe entre víctima y asesino; es un mártir que mata sin reparos, asumiendo al mismo tiempo el sacrificio y el crimen. La legalidad de la guerra autoriza, al igual que la legitimidad de su motivo.

Si bien la guerra es política, también es azar y pasión. Nada más real que el azar y el goce. El azar es la otra cara de la causalidad, en su forma de insistencia del significante; el azar es indeterminación radical, en su encuentro con lo real que designa el mal-encuentro. El goce como empuje mortificante y mortífero inexpugnable, encuentra en la guerra su resquicio y, por qué no, su esplendor.

La confrontación bélica es una extrema polaridad que da curso al despliegue y puesta en juego de las pasiones, el amor, el odio y la ignorancia; polaridad donde la victoria de uno depende de la destrucción del otro. La exaltación y el paroxismo irrumpe frente al empuje irrefrenable que conduce al desconocimiento del otro, a su borramiento.

La guerra envuelve en una relación especular, en una identidad lograda en la relación dialéctica con el otro, para el caso, el enemigo. Es la identificación que evidencia la ambivalencia estructural, donde la agresión voraz del sujeto expresa su dominio deletéreo. La guerra es un retorno a la insondable especularidad articulada a las vivencias de fragmentación, a imagos de cuerpo fragmentado; de allí su carácter ominoso evocador de la



identificación narcisista, constitutiva de la agresividad que apuntala a segar la existencia del otro.

Una confrontación bélica encuentra cierta posibilidad de acotamiento en tanto tenga como resorte al ideal, permitiendo introducir la distancia y la diferencia. Esto languidece en las guerras internas donde el oponente es el más próximo, el hermano. Aquel que se rebela pone en cuestión un ordenamiento que se autoriza a nombre de la Ley, colocándose en la ilegalidad. A cuenta de ello se le criminaliza y estigmatiza, consintiendo sobre él los desvaríos. Las guerras fraternas se anudan en la especularidad avasalladora, llegando a ser las más encarnizadas y feroces. Estas guerras intestinas, domésticas, son al decir de Freud las más despiadadas de todas. Es con los más próximos que la crueldad se despliega con mayor severidad.

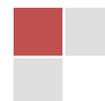
La política, soportada en un discurso, introduce elementos del orden del ideal y por consiguiente de la Ley, con su consecuente efecto pacificador. Implica además un ordenamiento que a la vez intenta cierta regulación del goce, de sus modalidades en la época, así como de las convivencias de los goces particulares. Pero así como la política puede regular los excesos y apaciguar, puede también incitar, dar motivo a los excesos.

En representación de los intereses compartidos, la política remite a la unidad, al Uno, instalándose en ese punto que dice de lo imposible de la armonía, del encuentro. Todo ideario político es un sistema simbólico, pero también es una ilusión y como tal está soportada en un deseo. Es ilusión articulada al orden significante, aunque prime lo imaginario que sostiene un discurso. De allí su fuerza y su poder redoblados, que evidencian a más de la eficacia simbólica, la eficacia de lo imaginario. En una ilusión hay un engaño y una verdad en juego, así sea en la forma de la denegación. Opera para velar la inconsistencia del Otro, la falta-en-ser; de ahí los estragos que produce su derrumbe.

La guerra, escenario sin sepulcro, es la paradoja de la muerte. Más allá de la vida y de la muerte, como momento de despliegue del ser, está su negación. Ese punto donde se entrega la vida, es muerte y a la vez inmortalidad.

La pulsión de muerte, mascarada del orden simbólico, encuentra en la guerra su expresión insistente y humana del empuje vital y mortífero. En ese malestar de su civilización refleja el hombre su desgarramiento original. El sujeto humano lo es delante del Amo absoluto que le está dado en la muerte.

De allí que el Psicoanálisis sólo puede aceptar el enunciado de Clausewitz sobre la guerra como continuación de la política, a cuenta de anteponer la idea de que en la política se resigna la violencia individual para autorizarla como ejercicio del colectivo. La política, pretensión del Uno, porta ineluctablemente la pulsión de muerte, colocándose una vez más



el meollo en la aporía de lo social. En su forma particular, la política como la guerra son síntoma social que dice del insoportable malestar.

Citas

1 CLAUSEWITZ, K. *De la guerra*. Barcelona: Labor, 1992.

2 BOUTHOU, G. *La guerra*. Barcelona: ¿Qué sé?, 1971.

3 Véase el artículo, Castro, M. C. "El fin de la guerra". Trabajo presentado para el Coloquio 4 de la Maestría de Psicoanálisis y Vínculo Social. Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia, Medellín, octubre de 1998.

4 CLAUSEWITZ, K. *De la guerra*. Barcelona: Labor, 1992, p. 40.

5 Según Clausewitz, una acción de una fuerza viva sobre otra que no lo está, no es propiamente una guerra.

6 Op. Cit., p. 41.

7 Op. Cit. p. 43.

8 Op. Cit. p. 47.

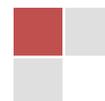
BIBLIOGRAFÍA

ARIES, P. *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus, 1983.

BELL, D. Introducción. *Las contradicciones culturales del capitalismo*. México: Alianza Editorial Mexicana.

BORRERO, A. "El enemigo, nuestra pregunta". *Relación de saberes*. Nos. 5 - 6 Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1997, p. 162-165.

BOUTHOU, G. *La guerra*. Barcelona: ¿Qué sé?, 1971.



BURGOS, D. L. "La ilusión (un concepto psicoanalítico)". Sociología, Nos. 6 – 7. Revista de la Facultad de Sociología de UNAULA. Medellín, junio de 1984, p. 53 – 62.

CASTRO, M. C. "El fin de la guerra". En: Affectio Societatis N° 4 Junio. Revista del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia. <http://antares.udea.edu.co/-affectio/Affectio4/finguerre.html>

FREUD, S. De guerra y muerte. Temas de actualidad. *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

FREUD, S. Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

FREUD, S. El porvenir de una ilusión. *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

FREUD, S. El malestar en la cultura. *Obras Completas*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

FREUD, S. ¿Por qué la guerra? *Obras Completas*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

GARCÍA, P. *Ejército: Presente y futuro*. México: Alianza Editorial.

KLAUSEWITZ, K. *De la guerra*. Barcelona: Labor, 1992.

LACAN, J. La agresividad en psicoanálisis. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1985.

LACAN, J. El estadio del espejo como fundador de la función del yo{je} tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1985.

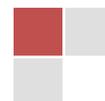
LACAN, J. *Seminario 7. La ética del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1988.

LEGUIL, F. Conferencias. Seminario Política del Psicoanálisis o Psicoanálisis de la política. Medellín, Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia, 1998.

LEVI-STRAUSS, C. El hechicero y la magia. *Antropología Estructural*.

LEVI-STRAUSS, C. La eficacia simbólica. *Antropología Estructural*.

MORÍN, E. *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós, 1994.



SCHMITT, C. *Teoría del partisano*. Buenos Aires: Siglo XX, 1962.

SOLER, C. *Síntomas*. Santafé de Bogotá: ACF, 1998.

(*) **María Clemencia Castro** Psicóloga Psicoanalista

Profesora Asociada del Departamento de Psicología. Universidad Nacional. Santa Fe de Bogotá

Affectio Societatis

